

## RESEÑA

# COFRADÍAS, CACIQUES Y MAYORDOMOS: RECONSTRUCCIÓN SOCIAL Y REORGANIZACIÓN POLÍTICA EN LOS PUEBLOS DE INDIOS, SIGLO XVIII

*Marta Zambrano*<sup>1</sup>

María Lucía Sotomayor, 2004, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colección Cuadernos Coloniales, 227 pp.

Este trabajo marca un importante hito en la investigación en Colombia, donde poco se ha indagado sobre las cofradías coloniales neogranadinas. Como modalidad privilegiada de agrupación de las poblaciones sujetas al imperio español, las cofradías destacaron por convocar a hombres y mujeres de las más diversas capas sociales y étnicas del período colonial en torno a las prácticas de devoción y celebración de un número selecto de figuras y vírgenes del numeroso santoral católico. Según lo indica la autora, y ya lo han sugerido quienes han trabajado sobre la implantación de las organizaciones religiosas fraternas europeas en otros rincones de la América hispánica, además de servir como vehículo de control social y medio para la evangelización y colonización del imaginario, las cofradías fungieron como espacios claves en la configuración de las redes sociales y la cooperación, así como para el despliegue de la competencia por el prestigio entre cofrades y hermandades.

Fiel a su título, este libro se ocupa de las cofradías indígenas. La autora se concentra en el estudio de la organización social, económica y política de dichas asociaciones en tres poblados del antiguo corregimiento de Sogamoso en la Provincia de Tunja —Cuítiva, Pesca e Iza— durante la segunda mitad del siglo XVIII. Apoyándose en una cuidadosa pesquisa realizada en

---

1 Antropóloga, profesora e investigadora, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia

los archivos parroquiales de siete municipios de Boyacá y guiada por una inspiradora perspectiva conceptual que cabalga entre la historia y la antropología, Sotomayor busca entender cómo se reorganizaron las comunidades nativas bajo el dominio español. Su interés se centra sobre todo en explorar la transformación de las identidades locales, cuyo nuevo punto de arraigo territorial erosionó pero no borró del todo las anteriores pertenencias atadas a las relaciones sociales de parentesco. El énfasis viraría, sin embargo, hacia la afiliación compartida en torno al culto a aquellos privilegiados santos o santas que devendrían signos distintivos de la identidad local y hacia la ostentosa y vital preparación y realización de fiestas anuales para conmemorarlos. En ellas, tanto los antiguos lazos de afinidad y consanguinidad como las formas de mando prehispánicas continuarían desempeñando un papel relevante.

De acuerdo con lo que se argumenta en la contraportada de la obra, tal patrón de identidad, generado en el período colonial, habría pervivido hasta el presente en ciertos lugares del altiplano central del país, donde las fiestas patronales aún identifican, entrelazan y enfrentan a los pobladores de algunos de los actuales municipios. Sin embargo, las trazas indígenas parecen haberse desdibujado casi por completo. Este es justamente uno de los asuntos que persigue Sotomayor. Al indagar sobre el devenir de las cofradías objeto de estudio, encara su paulatina traslación desde una pertenencia exclusivamente indígena hacia una compuesta por un conjunto de capas dispares, étnica y socialmente, la cual permitió la integración de gamonales y mestizos.

La obra abre con una sugerente introducción. A partir del bosquejo de las preocupaciones que motivaron la investigación se enmarca la perspectiva interdisciplinaria que la informó. La inquietud sobre el “desmoronamiento de estructuras sociales y territoriales y la creación de una nueva sociedad”<sup>2</sup> que resultaron de la traumática conquista y farragosa colonización ibérica del altiplano, otrora gobernado por los cacicazgos muisca, se vincula así a las discusiones sobre tradición y cambio, construcción de identidad y representación. Sotomayor retorna sobre asuntos claves que han ido entretejiendo a la antropología social con la historia cultural, para proponer la heterogeneidad de los ritmos temporales y explorar la permanencia y dinamismo de los procesos de imposición y apropiación cultural, tales como la implantación y adopción de las confraternidades. Siguen cinco capítulos y un breve colofón. Los dos primeros ubican a las cofradías del Nuevo Reino de Granada. El inicial, en el espacio habitado, por medio de un estimulante análisis de investigaciones académicas y documentos de archivo que abordan la creación del nuevo

---

2 P. 10.

orden territorial forjado durante la colonización, en el cual sobresalió la creación de los pueblos de indios, y el segundo, gracias al análisis del curso de esta institución en las colonias. Los subsiguientes apartes concentran el grueso de la investigación empírica de la obra. Se examina allí la forma cómo se fundaron y adelantaron las cofradías, hermandades y devociones en los poblados indios bajo estudio (capítulo III), sus jerarquías y cargos (capítulo IV) y las lógicas y estrategias económicas adoptadas para su pervivencia, así como el papel rector de los clérigos en ellas (capítulo V).

Visto en conjunto, el libro enfrenta y resuelve importantes interrogantes sobre el devenir social y cultural de los pueblos de indios, situando al tiempo a las asociaciones fraternas como uno de sus ejes principales de su organización política. Destacan entre sus aportes el énfasis y el trabajo de articulación entre la vida civil y la religiosa en estos poblados y la perspectiva de larga duración que se remonta a los períodos prehispánicos y de la conquista, mientras se proyecta desde el presente hacia el pasado para hallar puntos de permanencia, encuentro y transformación de las prácticas y representaciones indígenas y españolas. La autora consigue también llamar la atención sobre los procesos de apropiación de estas asociaciones por parte de los indígenas, quienes muchas veces retaron o expulsaron a los curas abusivos y amainaron las intervenciones de todos los clérigos, siempre vigilantes del desempeño económico y los logros espirituales de las confraternidades; los indios principales y aspirantes se sirvieron a la vez de ellas para escenificar o ratificar sus propias jerarquías de mando, de manera que los caciques, gobernadores y capitanes servirían como mayordomos de tales agrupaciones. Estos soslayaron también las invectivas y el control desmedido del clero y las autoridades mediante el recurso a la creación de hermandades y devociones que no implicaban los estrictos requisitos, veeduría y penalidades impuestas a las cofradías de obligación.

El análisis antropológico de los documentos que corre a lo largo del libro descolla sobre todo en el tratamiento de los excedentes, el don y la limosna en las estrategias económicas de las asociaciones devocionales, desde las perspectivas distintas y a veces conflictivas del cura, la Iglesia, los cofrades indígenas y los cofrades y donatarios mestizos y españoles. Se revela aquí un dinámico campo de cohabitación y conflicto entre los propósitos de los curas, que buscaban apropiarse de los excedentes producidos por los indígenas y controlar la cría de ovejas y producción de mantas que servían al adelantamiento de las cofradías; los fines de socialización religiosa buscados por la institución religiosa; los intereses políticos de los indios principales, quienes consideraban que los clérigos no eran más que oficiantes que recibían paga; y los vecinos que sufragaban la limosna en búsqueda de beneficios espirituales.

Uno de los asuntos más provocativos que esta obra enfrenta es el de la construcción de la identidad, íntimamente ligada al mestizaje según la autora. Sotomayor la aborda como alternativa al sincretismo, entendido como amalgama que se cristaliza en una unidad estática. Al contrario, las dinámicas culturales e históricas bajo estudio revelarían el juego entre los diversos elementos constitutivos, indígenas y españoles, que habrían convivido y se transformarían en respuesta a las representaciones hegemónicas. Así, por ejemplo, las cofradías, una institución europea pero mestiza ya en su lugar de génesis, debido a las adaptaciones populares, se habrían mestizado aún más gracias a las apropiaciones indígenas de ella, constituyéndose en el largo plazo en el marcador privilegiado de las identidades y las pertenencias locales. Aún más, debido a las dinámicas sociales y territoriales que en el siglo XVIII empujaron a los mestizos hacia los pueblos de indios y resultaron en la concentración de tierras y recursos en manos de propietarios no indígenas, las cofradías llamaron a la interacción y participación desigual de indígenas, mestizos y grandes propietarios. Sotomayor recalca especialmente la convivencia “dentro de la misma institución (de) sistemas paralelos de lógicas distintas”.<sup>3</sup>

La propuesta de Sotomayor acerca de la construcción de las identidades culturales en las localidades coloniales resulta muy sugerente. Evita los esencialismos, tan caros para aquellas miradas antropológicas que han cifrado la identidad en un manojo de rasgos primigenios y estáticos. Más bien, y a tono con algunas perspectivas interdisciplinarias contemporáneas, la ubica en los procesos históricos de encuentro e interrelación entre grupos situados de manera desigual en el muy jerarquizado espacio social generado en la conquista y la colonización.

Como ya se señaló, la interpretación de las dinámicas culturales en términos de la cohabitación e interacción de lógicas económicas, sociales y políticas, es esclarecedora. Cabría hacer reparos, sin embargo, a la equiparación que la autora establece entre identidad, interacción grupal y mestizaje. Tal propuesta ignora, a juicio de quien aquí escribe, por lo menos dos asuntos claves que han surgido en los candentes pero irresueltos debates sobre el mestizaje. Uno, sus coordenadas geopolíticas y dos, los entrelazamientos raciales, sexuales y de género que los discursos y las prácticas del mestizaje suponen. Tal vez sea cierto, como lo afirma la autora en las conclusiones, que todo grupo humano es mestizo, pero valdría la pena examinar cómo estos grupos (y también los académicos) consideran las mezclas, resaltando o soslayándolas, por ejemplo; aun más, habría que encarar los resultados de estas visiones. Y esta es pre-

---

3 P. 162; también pp. 106 y 107, entre otras.

cisamente una entrada importante hacia aquella enmarañada construcción discursiva generada en América Latina, la cual ha servido, entre otras cosas, para poner en escena la identidad de la región, contraponiéndola a otras que silencian o niegan el mestizaje. Desde los procesos mismos de conquista y colonización hasta la construcción de los Estados-nación, el mestizaje ha oficiado como poderosa herramienta en la construcción de la pertenencia local en la región. De otra parte, cuando se deja por fuera del panorama la producción social y sexual de hombres y mujeres mestizos, indios, negros y españoles que el régimen colonial supuso, se pierde mucho de la fuerza misma del concepto.

Una aproximación más sensible a las dimensiones sexuales y de género no sólo habría fortalecido el enfoque sobre el mestizaje, sino también varios apartes e interpretaciones del libro. Llama la atención el que la autora pase por alto que los clérigos, autores de los documentos sobre los cuales se basó buena parte de la investigación, enfatizaban con insistencia y de manera diferencial la forma como se debía controlar y disciplinar a hombres y mujeres indígenas —“se amoneste a las indias para que anden cubiertas las carnes”—.<sup>4</sup> Incluso, cuando se refiere a la reglamentación de la moral cristiana sobre el matrimonio y las prohibiciones sexuales omite se trascendental dimensión de género, definiéndolas a continuación como “relaciones con otros hombres”,<sup>5</sup> cuando de lo que en este caso se trataba era de regular y jerarquizar las relaciones entre hombres y mujeres, que entre otras cosas dieron lugar al mestizaje mismo.

Los vacíos señalados desde luego no despojan a la obra de los muchos méritos ya señalados, ni niegan tampoco sus importantes contribuciones; incitan más bien a continuar el debate mediante nuevas investigaciones, que como ésta avancen en terrenos poco conocidos. El trabajo de María Lucía Sotomayor afianza un campo emergente en los estudios coloniales colombianos, articulado en torno a la pregunta por la formación territorial y la construcción del lugar, enunciado ya por las investigaciones de Martha Herrera y Diana Bonnet y lo dirige, a la vez, hacia otro asunto poco explorado: el papel de las cofradías como eje de la vida social. Muestra, al mismo tiempo, los pródigos frutos que da el poner en marcha a la cultura y otorgarle coordenadas antropológicas y conceptuales a la investigación histórica de procesos, que como los convocados por este estudio, han resultado en la sinuosa conformación y transformación de nuestras identidades.

---

4 P. 98; véase también la cita de la p. 101.

5 P. 107.



## RESEÑA

### NOMBRE DEL PADRE\*

*Ricardo Sánchez Ángel\**

Héctor Joaquín Abad Faciolince (c2006), *El olvido que seremos*, Bogotá, Planeta, 274 pp.

Este libro de memorias es un momento feliz de la narrativa contemporánea colombiana, por ser un fresco de época, de recuerdos que no han sido sacados del baúl, sino que han acompañado a su autor, quemándole el alma durante los últimos 20 años. Un libro feliz, literariamente, sobre un suceso infeliz, doloroso y horrible: el asesinato planificado y orquestado del médico, profesor y humanista, el doctor Héctor Abad Gómez y una pléyade de mártires de los derechos humanos.

El autor es su hijo, quien logra recrear la saga de la familia Abad-Faciolince, de sus abuelos y familiares, hasta el núcleo de sus padres y hermanos, en el arco histórico de la Medellín de los años cuarenta a los ochenta, con su ambiente social, su anacronismo cultural y la primacía del fanatismo religioso. Con el oscurantismo intelectual de la educación y las amenazas autoritarias en la Universidad de Antioquia, escenario académico de la intensa vida del médico Héctor Abad Gómez. Un ambiente de época cerrado, donde las luces de la ilustración tuvieron que esforzarse para ir encontrando lugar en la vida pujante de la ciudad industrial y proletaria.

---

\* Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia; profesor titular, Universidad Externado; autor de *Bonapartismo presidencial en Colombia. El gobierno de Álvaro Uribe Vélez*, Bogotá, 2005.

Los protagonistas son el padre y el hijo, al igual que se erige la figura noble y fuerte de la madre y la presencia alegre y circular de las hermanas. El libro está escrito desde la intimidad de las relaciones filiales, desde las entrañas, con pericia psicológica, para entregar de cuerpo y alma a ese caballero de la tolerancia que se erigió como un quijote por la causa de desvalidos, perseguidos y víctimas del capitalismo, sistema que el médico Abad encontraba inaceptable e injusto. Por ello, toda su pasión médica fue preventiva y social.

En la crónica histórica de la medicina social en Colombia el nombre del doctor Héctor Abad Gómez merece figurar de manera destacada por sus convicciones y actuación. De acuerdo a con las memorias del hijo sobre la parábola vital de su padre, los mandamientos éticos-profesionales parten de la necesaria conceptualización de las relaciones entre lo social y la salud, y por ende, combinan el ser científico con el compromiso del activista. Desde temprano, en su tesis de grado denunciaba a los médicos-magos:

Para ellos, el médico ha de seguir siendo el pontífice máximo, encumbrado y poderoso, que reparte como un don divino familiares consejos y consuelos, que practica la caridad con los menesterosos con una vaga sensación de sacerdote bajado del cielo, que sabe decir frases a la hora irreparable de la muerte y sabe disimular con términos griegos su impotencia.<sup>1</sup>

Héctor Abad Gómez trató de ser en su vida un activista de la medicina y un científico y profesor. Lo suyo era la medicina preventiva con base en la sana nutrición y la salubridad, en un sentido de praxis. Viene a encarnar un prototipo de galeno enfrentado a la medicina individualizada, profesionalizante y mercantil. Se especializó en Estados Unidos, en la Universidad de Minnesota y retornó para vincularse al Ministerio de salud, al cual renunció por considerar que el gobierno conservador agenciaba la violencia, para vincularse con la Organización Mundial de la Salud donde prestó sus servicios internacionales en varios momentos. El escritor Abad Faciolince rescata un artículo 'firmado por el mayor, y quizá el único filósofo que ha tenido nuestra región, Fernando González', y que su padre publicó en el primer número de su periódico universitario, U-235, que dice:

El médico profesor tiene que estar por ahí en los caminos, observando, manoseando, viendo, oyendo, tocando, bregando por curar con la rastra de aprendices que le dan nombre de los nombres: ¡Maestro! [...] Sí, doctorcitos: no es para ser lindos y pasar cuentas grandes y vender píldoras de jalea [...]

1 Abad Faciolince, H. (2006), *El olvido que seremos*, Bogotá, Planeta, p. 47.

2 *Ibid.*, pp. 45-46.

Es para mandaros a todas partes a curar, inventar y, en una palabra, servir.<sup>2</sup>

Héctor Abad Gómez fundó y dirigió la Escuela Nacional de Salud con apoyo de la Fundación Rockefeller, y desarrolló con el médico estadounidense y colega, el doctor Richard Saunders, el programa *Future for the children* (Futuro para la niñez).

Entre sus campañas públicas de interés general, y que están referidas en el libro, se recuerdan las que tituló en sus artículos de *Combate*: *El municipio de Medellín, una vergüenza nacional*; *El acueducto reparte bacilos de fiebre tifoidea*; *La leche es impotable*; *El municipio no tiene hospital*. Campañas que dieron resultados concretos en el mejoramiento de los servicios públicos y el control higiénico.<sup>3</sup>

El médico Héctor Abad Gómez se desempeñó como director regional del Instituto de los Seguros Sociales en Medellín, durante la huelga de sus colegas —1976—, varios de ellos antiguos alumnos suyos, estando del lado de las políticas del gobierno. Desafortunadamente estas memorias filiales no dan cuenta de ello. Recuerda el escritor:

El presidente López Michelsen, por solicitud de la embajadora, María Elena de Crovo, había nombrado a mi papá Consejero Cultural en la Embajada de México. Yo acababa de cumplir 19 años y era la primera vez que tenía un pasaporte (un pasaporte oficial) y la primera vez que salía del país. Por primera vez tomé un vuelo internacional; por primera vez me dieron una bandejita con comida caliente en un avión. Todo me parecía grande, importante, maravilloso, y el viaje, de cinco horas, me pareció una hazaña. En el Distrito Federal llegamos a vivir, al principio, en unas residencias, especie de aparta-hotel, en la Colonia Roma, donde nos tendían la cama y nos lavaban la ropa.

El cónsul, una persona amable, era un sobrino del ex presidente Turbay Ayala. La embajadora, después de su tormentoso paso por el Ministerio del Trabajo (le había tocado el asesinato del líder sindical José Raquel Mercado, a manos de la izquierda, y una huelga terrible de médicos en el Seguro Social, con los enfermos muriéndose en las salas de urgencias, y las embarazadas pariendo en los corredores), vivía atormentada, quizá segura de que su carrera política había llegado a la cima, y desde esa cima se había derrumbado para siempre. La embajada de México, para ella, no había sido un premio, sino una especie de destierro, y al mismo tiempo una despedida de la vida política. Quizá por eso bebía más de la cuenta, y había pedido a mi papá para que él se encargara de la rutina de la Embajada y le cubriera la espalda en la oficina, ahora que ella no tenía ánimos de trabajar en nada. Mi papá, que la consideraba una buena amiga, lo hacía de buena gana.<sup>4</sup>

3 *Ibíd.*, *Un medico contra el dolor y el fanatismo*, pp. 40-46.

4 *Ibíd.*, pp. 190-191.

El escritor de estas memorias revela acritud no sólo sobre esta huelga de los seguros, sino respecto de los sindicatos de maestros y la izquierda en la universidad, con una tendencia a generalizar de manera peyorativa las conductas políticas de este sector. Así por ejemplo, en los párrafos anteriores se afirma que a José Raquel Mercado lo asesinó la izquierda, cuando de manera concreta, hay que distinguir: lo hizo el Movimiento Guerrillero 19 de Abril M-19; el resto de las izquierdas condenaron duramente este suceso. Desde Aristóteles, distinguir es un criterio que conduce a la sabiduría, porque evita la absolutización.

Lo de Héctor Abad Gómez y los idealistas de todos los colores sociales y políticos que adelantaron la épica de los derechos humanos es un capítulo central de la historia contemporánea de Colombia, como gesto de dignidad por los humillados y ofendidos, y como confrontación a los usufructuarios del poder.

Algo esencial para la educación sentimental es la verdad histórica y la dignidad de las víctimas. Para nunca olvidar, no para propiciar venganzas y alimentar odios, sino para evitar esa peste del crimen eterno, que es como se erige el olvido. Al crimen de la existencia humana de gentes de carne y hueso, Héctor Abad, Guillermo Cano, Jaime Pardo Leal, Luis Carlos Galán y miles de mujeres y hombres, se quiere sumar el crimen eterno del olvido, de borrar su recuerdo. Se puede perdonar, pero no olvidar.

Pues bien, estas memorias de Héctor Abad Faciolince hacen fluir el río de los recuerdos, establecen el cuadro de la infamia y odio que se gestó contra su padre y el movimiento que él representaba con ardencia. No se elude recordar los señalamientos que con temeridad hizo el médico de vidas y almas contra las torturas oficiales del Batallón Bomboná, y las desapariciones y crímenes contra los disidentes. El autor recuerda a varios de los intrigantes y azuzadores del crimen. Pero sobre todo, es una literatura sentimental de puro amor del hijo, amor entrañable hasta donde es posible; amor ideal, que responde a una biografía íntima de dos seres, y que el autor se niega a que desaparezca. Figura del padre que se rescata con afecto y ojo crítico, para evitar mistificaciones.

Es un bello libro de emociones humanas, sublimes y bajas, como son el amor y el crimen. Sí, literatura de esta estirpe es la que nos entrega el autor, con el título *El olvido que seremos*, verso del *Epitafio*, poema de Jorge Luis Borges, que el médico Héctor Abad llevaba en el bolsillo el día que lo asesinaron.

El *Epitafio* de Borges puede ser leído como triunfo de la muerte, lo que hace inútil el vivir, una sensación de pesimismo ante la vida; pero asimismo,

contra la insensatez de aferrarse al nombre de la muerte y encontrar consuelo en la meditación; algo así como templanza y estoicismo.

No es un libro egoísta, y por ello puede escribir el autor:

Creo que finalmente he sido capaz de escribir lo que sé de mi papá sin un exceso de sentimentalismo, que es siempre un riesgo grande en la escritura de este tipo. Su caso no es único, y quizá no sea el más triste. Hay miles y miles de padres asesinados en este país tan fértil para la muerte. Pero es un caso especial, sin duda, y para mí el más triste. Además reúne y resume muchísimas de las muertes injustas que hemos padecido aquí.<sup>5</sup>

Sin querer queriendo, y con una perspectiva implacable del olvido, el polvo que seremos, este es un libro sobre la ética de vivir y luchar. Recordar y escribir sobre la amistad, que el autor centra en personas vivas como Carlos Gaviria y Alberto Aguirre, dos intelectuales de larga trayectoria; también con las amistades literarias más caras: Carlos Castro Saavedra, Jorge Luis Borges, don Jorge Manrique, Antonio Machado, Platón, Mejía Vallejo, Quevedo, etc.

